



Este periódico tiene la honra de contar como suscritores á S. M. la Reina y á S. S. AA. RR. los Sermos. Sres. Infantes D. Francisco de Paula y D. Sebastian.

AÑO 1.

Valencia 5 de Junio de 1864.

NÚM. 28.

SUMARIO.

Revista de la semana, por D. Luis Fabra y Cervero.—Cinco duros, por D. Rafael Blasco.—Estudios morales y políticos: La conciencia y la razón, por D. Leandro Angel Herrero.—Juan Colin: Leyenda tradicional, por D. Dámaso Delgado Lopez, (continuación).—A la señorita Doña C. S. é I.: Dos lágrimas, (poesía) por D. A. Guix Albelda.—Entre el cielo y la tierra, (poesía) por D. S. Lopez Guizarro.—A Calderon, (soneto) por D. N. Campillo.—El poema de la vida: Dolores, por D. Bernardo Lopez Garcia.—A un poeta, (soneto) por D. N. Campillo.—El ciego de los Valles: Novela original, por D. Maximino Carrillo de Albornoz, (continuación).

Láminas. Vista de Nazareth.—Tipos del ejército austriaco.—Caricaturas.

REVISTA DE LA SEMANA.

La paz y la tranquilidad van desapareciendo de la faz de la tierra, y un espíritu de agitación y de efervescencia le sustituye en cambio, constituyendo el estado normal de las sociedades. Pues semejante á una corriente eléctrica, recorre todos los países, y á la mayor parte les comunica su malévolu influencia, en términos, que la paloma del arca apenas encuentra un árbol donde posarse.

El estado actual de la sociedad ofrece síntomas parecidos á los que preceden á las erupciones volcánicas: un sordo rumor se deja per-

cibir en las entrañas de la tierra y algunas que otras señales nos indican que la erupción se halla próxima á estallar. Así en el centro de nuestras sociedades se nota un movimiento convulsivo; anuncio cierto de que el volcan político vá pronto á perforar las capas superiores dejando descubierta su inmenso cráter.

Los hombres políticos hacen laudables esfuerzos para detener el curso de los acontecimientos; bien poniéndoles un dique en los campos de batalla, bien redactando notas diplomáticas que espiden desde el fondo de sus gabinetes. Pero sus esfuerzos son inútiles, los sucesos siguen su marcha, y solo la Eterna sabiduría es capaz de prever el término de su carrera.

En New-York hace tiempo que se nota ese estado de agitación y efervescencia que hemos indicado, sin que hasta ahora haya producido un resultado cierto.

Segun partes telegráficas, la mañana del 12, el general Hancock, atacó vigorosamente á los confederados, cojiéndoles 30 cañones, y 4,000 prisioneros. En cambio, éstos han derrotado á Butter en Drurybluf, y han batido igualmente al general Siget. Uno y otro ejército conservan sus respectivas posiciones, y ambos esperan considerables refuerzos.

La cuestion de Santo Domingo no se ha solventado todavía, ni nos hace presumir su resultado, pues ignoramos el de la expedición á Monte-Christi, aunque creemos que no dejará de ser favorable y esto bastará para sofocar aquella insurrección, sin que sea necesario el refuerzo de 20,000 hombres que nuestro gobierno piensa enviar el mes de Setiembre.

Por otra parte, la escuadra española ha ocupado catorce islas del archipiélago Chincha, haciendo prisioneros al gobernador y oficiales. Inmediatamente se fue á Callao para sorpren-

der á la escuadra peruana, que consiguió escaparse, poniéndose al abrigo de las fortalezas. Reina grande agitación en el Perú; pero se asegura que aquel gobierno se manifiesta dispuesto á dar todo género de satisfacciones al español, y que solo una mala inteligencia ha provocado la salida tan repentina del Sr. Salazar y Mazarredo.

Si de esta parte se espera una solución pacífica, no ofrece tantas probabilidades la cuestión de los ducados, pues las conferencias de Londres marchan lentamente en el arreglo de dicha cuestión; y cada día se presentan nuevas exigencias que hacen temer la inutilidad de las proposiciones conciliadoras.

También se habla, aunque ignoramos con qué fundamento, de la abdicación de la reina Victoria así que terminen aquellas, aunque el gobierno británico no se halla muy conforme con esta resolución de su soberana.

Las noticias de Túnez tambien nos anuncian que reinaba tranquilidad en aquella población, pero rehusando el bey despedir á los ministros, los europeos se ven obligados á quedarse á bordo de los buques; por lo que los almirantes han decidido hacer un desembarque de tropas para proteger á los nacionales.

También de Argel dan noticias satisfactorias los despachos de los comandantes generales de la provincia de Constantina y del interior de la provincia de Argel, respecto á la situación de aquel país. Parece inexacto el nombramiento del mariscal Mac-Mahon, duque de Magenta, para el gobierno general de Argel en reemplazo del difunto duque de Malakoff. Quien tiene mas probabilidades para dicho cargo es el general Montauban, conde de Palikao.

El estado alarmante que presentaba la salud de Su Santidad, ha desaparecido; habiendo asistido á la procesion del Corpus. Esta festi-

vidad se ha celebrado con gran pompa en toda España, si bien en algunas partes no ha podido verificarse la procesion á causa de la lluvia.

Las diversiones se suceden, y se confirma la noticia de que la inauguracion de los Campos Eliseos tendrá lugar el dia 15 del corriente. Para este acto, á que asistirá S. M. la Reina, se hacen grandes preparativos, estrenándose una cantata, música del maestro Barbieri. En recuerdo de la visita que esperan de SS. MM., los empresarios han dado al vaporcito que ha de navegar en la ría el nombre del Príncipe Alfonso.

En Valencia se han celebrado con la solemnidad y lujo de costumbre las procesiones de la octava del Corpus. El tiempo ha sido favorable y las carreras de las procesiones han estado sumamente concurridas.

En el teatro Principal se ha puesto en escena la *Saffo*, del maestro Pacini, para beneficio de la señorita Angélica Moro; y en aquella noche el público le demostró sus simpatías arrojándole multitud de flores y versos.

También para beneficio del Hospital general se ha vuelto á poner en escena la ópera *Marta*; y la Sra. Laborde cantó al final las difíciles variaciones de *El Carnaval de Venecia*, siendo justamente aplaudida.

Por la revista y por todo lo no firmado:
LUIS FABRA Y CAVERO.

CINCO DUROS.

I.

Soy feliz: me acaban de prestar sobre mi palabra, que es una fianza que vale bien poco, cinco duros.

Cinco duros en oro: una moneda pequeña, reluciente, simpática, acuñada en 1860.

Una moneda de oro me parece la obra mas perfecta de las artes y lo es sin duda. Esta monedilla tiene delicadamente grabadas las armas de España en un lado; en el otro se vé el busto de S. M., pero un busto admirablemente concluido; creo que se sonríe y sin duda lo hace al contemplar mi felicidad.

Cinco duros, ó sean cien reales, entre mis manos; ¿quién lo diría? Yo que no tengo sobre qué caerme muerto, yo que no poseo mas que un mundo;... pero un mundo de esperanzas en la cabeza y un océano de amor en el corazon.

¡Dios mío, qué felicidad!

Son las ocho de la mañana y el sol brilla radiante, como no lo ha hecho desde la entrada del invierno; hace calor, sí, creo que hace calor; los árboles... me parece que van á brotar las hojas de los árboles, aunque estamos en Enero; el cielo se estiende azul, puro, tranquilo sobre mi cabeza; todos los que pasan por mi lado se sonríen, sin duda son felices como yo, sin duda tienen cinco duros en el bolsillo; acaba de atravesar la calle cantando un niño que lleva un cesto de carbon á su madre. ¡Qué bellos son los niños que cantan llevando cestos de carbon!

Vamos, me voy á volver loco de contento. Cien reales yo, que no como, ni reposo, ni duermo, ni vivo en ninguna parte, porque si como es en mesa agena, si reposo en silla estraña, si duermo en cama prestada, y si vivo por la caridad, disfrazada con el nombre de amistad, del prógimo!

Cien reales yo que no he encontrado un teatro donde se representan mis comedias, ni un editor que compre mis novelas ó imprima mis versos!

Con estos cinco duros voy á pasar un dia de príncipe. Quiero ser un dia al menos en la vida completamente feliz y por lo tanto gastaré en veinticuatro horas esta moneda. Entre pasar diez dias de escasez ó uno sin privaciones prefiero esto último; no siempre se ha de ser desgraciado y si mañana muero no

quiero ir á la tumba con el remordimiento de no haber realizado jamás mis deseos.

¿Cómo emplearé hoy el dia?

Voy á echar cuentas por primera vez en mi vida.

Almorzaré en cualquier parte, una cosa ligera; como estoy acostumbrado al ayuno mi estómago no pide gollerías; gastaré en el almuerzo 10 rs; no, 12 rs; despues, á cosa de las once veré á Carolina, le repetiré por la milésima vez que la amo, que no la olvidaré jamás, recrearé mis miradas en aquellas facciones tan puras, tan delicadas, tan perfectas, en aquel cuello tan torneado y tan blanco, en aquellas manecitas tan redondas, cubiertas de hoyuelos, con dedos afilados y uñas de color de rosa: las horas trascurrirán insensiblemente y á las dos iré á pasear por el Retiro que estará concurridísimo; á las cuatro volveré á la coronada villa y corte para comer á las cinco en cualquier fonda: el cubierto será de tres duros; jamás he comido tan caro; luego tomaré café, fumaré un buen cigarro y me marcharé al paraíso del teatro Real donde cantan la *Traviata*; por último, con el dinero restante tendré una buena cama en cualquier casa de huéspedes. Dormiré á pierna suelta y mañana á estas horas me encontraré de nuevo en medio de la calle y sin un cuarto, hasta que un empresario de teatro quiera representar mis obras ó un editor dar á la estampa mis libros; contando, por supuesto, con la aprobacion de ese mónstruo de cien cabezas que se llama público.

II.

Pues señor; vamos á almorzar.

Pero ¡diantre! aquel es mi tío; sí, mi tío D. Pantaleon que dice que me quiere entrañablemente, que está viejo y achacoso y que me ha prometido su fortuna para el dia de su muerte si abandono esta vida aperlreada que llevo hace años.

Engañaré á mi tío; le diré que estoy empleado, que soy un hombre razonable, que tengo una decente posicion social, y esto me realizará á sus ojos. Conviene estar en paz con los tíos ricos y viejos.

Mi tío ha escuchado mi narracion con incredulidad, despues me ha mirado de piés á cabeza exclamando:—¿Qué posicion social es esa que te hace andar por las calles de Madrid con las botas agugereadas, el pantalon raído, el gaban grasiento, la camisa sucia y el sombrero rojizo y apabullado?

—Tío, le he contestado, este trage es el de primera hora, de *negligé*, como decimos los elegantes.

—Pues mira, los elegantes usais un *negligé* bien sucio.

—Esto indica distraccion.

—Eso indica necesidad ó porqueria.

—¡Tío!

—Sobrino. En fin, eso no me importa, lo que me importa mucho y á ti tambien, es el estado de tu tia.

—¿Cómo se encuentra mi adorada tia?

—Muy enferma; se espera su muerte de un momento á otro, yo he salido para buscar al confesor. Y ya que te encuentro me serás útil, me acompañarás á la casa del sacerdote y luego nos marcharemos á preparar para el caso á tu tia.

—Pero, tío, yo no sirvo para esos lances.

—Pues servirás en esta ocasion.

—Tengo que hacer.

—Te dejaré libre dentro de dos ó tres horas.

—Yo quiero mucho á mi tia.

—Tanto mejor para prestarle un servicio.

—Lloraré.

—Eso alivia el corazon.

—Me desmayaré.

—Yo te aplicaré vinagre á las narices.

—En fin, puesto que V. lo quiere, sea; estoy á su disposicion.

Y despues de estas palabras he acompa-

ñado á D. Pantaleon, hemos hablado con el sacerdote, nos hemos ido á casa, he visto á mi tia, que se ha enternecido, me ha abrazado y me ha dicho.—¿Cómo recompensaré tu cariño?

¿Quién sabe si pensará dejarme alguna cosa?

Es preciso ser amable con estos moribundos que hablan de recompensas; lo que no sucede en un año sucede en un dia.

III.

No se cómo se ha pasado la mañana; son las doce; estoy libre de las garras de mi tío; la enferma ha perdido el conocimiento, por lo tanto mi presencia ya no puede serle agradable y me retiro.

Es decir, me voy á la calle.

Reflexionemos: yo debia haber almorzado á las diez, y visitado á las once á mi novia, y no he hecho lo uno ni lo otro, por cuya razon todo mi plan ha venido abajo.

Necesito repartir de otra manera el dia.

Almorzaré en el acto; despues veré á Carolina, porque yo no puedo vivir un dia sin estar un momento al menos á su lado, á las tres iré á paseo, no al Retiro, sino al Prado, que está mas cerca de la fonda, luego la comida y teatro como en el plan anterior.

Perfectamente.

El Prado es un paseo delicioso: allí se dan cita todas las mugeres bonitas de Madrid; aquella confusion, aquel movimiento, aquel mar de cabezas femeninas, de cabellos rubios de color dorado de espiga tan delicado y tan celestial, negros, como el ébano, denotando energia y pasion, de tintas mas ó menos oscuras, elegantemente peinados; aquellas miradas lánguidas, ardientes, tímidas, apasionadas, celosas, de despecho, de rabia, de cariño, que se cruzan, se buscan, se confunden, se rechazan, todo aquel conjunto me fascina de una manera particular, me atrae, sin duda porque es un cuadro reducido del gran cuadro que ofrece la sociedad humana.

Me he empeñado en pasar un dia feliz y lo pasaré.

El almuerzo me espera.

IV.

—¡Lopez! ¡Lopez!

—¿Quién me llama? Calla; eres tú, Julio, el enamorado Julio; pero qué te pasa? ¡Estás pálido, desecado...

—Estoy furioso.

—Ya se conoce. ¿Y se puede saber qué tienes?

—Ira, deseo de venganza en el corazon, un pensamiento de muerte en la cabeza.

—¡Demonio!

—Necesito un amigo á quien confiar un secreto. ¿Puedo contar contigo?

—Estás melodramático.

—No te burles, Lopez.

—Me pondré sério, Julio. Cuenta conmigo para todo.

—Pues bien; ¿tú conoces á Amalia?

—La conozco.

—Sabes, porque yo te lo he dicho...

—Que es un ángel, un conjunto de perfecciones, un alma cándida y pura encerrada en un cuerpo divino.

—Eso creia yo; pero me equivocaba. Lo que sabes además es que la amaba de todo corazon.

—Es cierto.

—La amaba, como puede amar un hombre que no ha gastado sus sensaciones, que no ha sentido otra pasion, que ha hecho del amor un culto y de la muger una diosa.

Ella me manifestaba un cariño sin límites; sus ojos, su sonrisa me decian con mudo lenguaje: yo te amo; y sus labios se abrian de continuo para traducir en sonidos esta frase.

Yo era feliz, completamente feliz, y dentro

de quince días iba á celebrarse nuestro casamiento.

Pasaba esta mañana por la calle de la Montera y ví en el escaparate de un diamantista un precioso alfiler; pensé que Amalia me agradecería este regalo y lo compré.

Eran las diez, hora en que yo no acostumbro verla, hora en que se encuentra generalmente en el tocador, y me pareció que lo mejor sería enviarle la alhaja por medio de un criado.

Después reflexioné que el regalo de un prometido, de un hombre á quien se ha de llamar esposo dentro de pocos días, debe ser mas agradable si se recibe de su mano, reflexioné además que por el recuerdo que le ofrecía me daría las gracias de la manera dulcísima que sabe hacerlo, sonriendo cariñosamente, fijando en mí sus negros y rasgados ojos, dando á todo el semblante una expresión de bondad y de ternura infinita, y me decidí por ir á su casa.

Ojalá no hubiera pensado tal cosa.... pero no; mas vale que lo haya pensado y realizado.

—Advierto, Julio, que tú te lo dices todo; por lo tanto, no puedo negar que tienes razón.

—No estrañes mis palabras; estoy loco. Al llegar á su casa, por una casualidad providencial encontré abierta la puerta; esto me sugirió una idea; iba á sorprenderla cuando menos lo esperaba. Para no ser oído caminé de puntillas, lentamente, como el ladrón que teme ó como el espía que acecha.

Llegué al tocador; una puerta de cristales me separaba únicamente de Amalia; puse la mano sobre el picaporte, iba á abrir, cuando escuché una voz de hombre.

Retiré la mano como si hubiera tocado una serpiente, y escuché.

—Hombre, ese es un recurso gastado.

—Te suplico, Lopez, que no te burles de mi dolor.

Aquel hombre hablaba de amor, de juramentos, y pronunciaba mi nombre para escarnecerlo, y se mofaba de mi persona, y amenazaba á Amalia con su venganza.

—¿Y Amalia le envió á paseo?

—Amalia lloró, suplicó, protestó que me aborrecía, que solo quería á aquel hombre, que le adoraba; que se casaba conmigo, porque soy rico, pero que su corazón, su alma nunca serían míos.

Yo quise huir, pero la curiosidad, el deseo de conocer por completo toda la perfidia, toda la maldad de Amalia, me tenían clavado en aquel sitio.

El se mostró porfiado, tenáz, indignado, hasta violento; ella sumisa, obediente, resignada.

Era indudable que aquella muger le amaba con locura.

Por último, aquel hombre exigió mi retrato para tener el gusto de destruirlo, el retrato que yo había regalado á Amalia el día de su santo. Brotó en mi pecho la última esperanza, creí que Amalia se negaría á cometer esta vileza, pero ella se levantó resuelta, decidida y se dirigió á la puerta que me ocultaba.

Abrió con violencia y aparecí yo.

—Esa salida es de bastante efecto.

—Amalia dió un grito y cayó desmayada; su amante se adelantó á sostenerla, yo me incliné y le dije al oído: lo he escuchado todo, me ha herido V. en el corazón, necesito vengarme. ¿A qué hora podrá un amigo de V. conferenciar con un amigo mio?—Esta noche á las doce, me contestó.—Pues no faltará, le dije, y salí de aquella casa desesperado, y he callejeado al acaso hasta el momento de encontrarte.

—Es decir, que vas á batirte por una muger.

—Sí.

—Gran majadería. Al descubrir el doble

juego de esa ninfa, has debido decirle: Señorita, me alegro mucho de haber conocido sus intenciones antes de mi casamiento, porque aun es tiempo de arrepentirme de mis tonterías. Busque V. otro necio que cargue con V., porque yo he dejado de serlo en este momento; y no se acuerde V. de mí, y hasta la vista.

—Sí, pero la pasión....

—La pasión es una señora muy ridícula.

—En fin, Lopez, no es tiempo ahora de discutir; la provocación existe y no puedo menos de realizar el desafío. Vente conmigo y te enteraré de algunos pormenores indispensables, y esta noche á las doce arreglarás las condiciones con el amigo de mi adversario.

—Es decir, que me eliges por padrino.

—Precisamente.

—Pues mira, te has dirigido mal; yo no quiero mezclarme en esos negocios.

—Eres mi mejor amigo, y no puedes abandonarme en un lance en que quizá pierda la vida.

—Eso mismo me impide....

—Yo te creo un hombre de honor y no me abandonarás.

—Si me hablas de honor....

—Sí; tu honor te prohíbe rehusar en esta ocasión.

—Pues si me lo prohíbe, no he dicho nada.

—Ven á casa y hablaremos; el tiempo vuela y necesito aprovecharlo.

—Soy tuyo.

(Se continuará.)

RAFAEL BLASCO.

ESTUDIOS MORALES Y POLÍTICOS.

La conciencia y la razón.

(Fragmento de un libro inédito.)

La conciencia humana es un poder que tiene el privilegio de resolver los mas oscuros problemas del destino. Decide además de la bondad del progreso.

Allí donde se fanatiza, existen el horror, el crimen, la miseria, con la sanción de la ley. Allí donde tiene latitud desordenada, se hunde la ley entre abismos de fango.

La conciencia es una especie de fuerza locomotriz que imprime rotación en la máquina legislativa. Todas las antítesis humanas, todas las degradaciones sociales, y todas las demasías políticas reconocen por causa la extrema abyección de esta fuerza.

Un pensamiento bárbaro fue siempre el privilegio de los tiempos históricos: antes de Jesucristo solo se aspiraba á esclavizar: amos y siervos componían el mundo: y era tal la desdicha de unos y otros, que todos creían cumplir un deber, y por lo mismo escapaban á los remordimientos.

En efecto, estinguido el gobierno patriarcal, iniciándose en la arena política las primeras monarquías, vemos por una sucesión no interrumpida de hechos, que la suerte de los reyes, de los legisladores, y de los poderosos, apenas se fijaba en otra idea que en la esclavitud: cual fuera señor de mas vidas era mas grande, mas magnífico, mas estimado: lo mismo se confiscaban almas que muebles sacados á la plaza: los conquistadores vendían pueblos enteros, y una ofensa al amo equivalía á un sacrilegio.

¡Extremo tristísimo de la depravación de la conciencia, que si daba señales de vida era proclamando el crimen!

El drama sangriento de la historia evidencia hasta lo sumo que si el error es producto de las opresiones, el delito es secuela inmediata de la conciencia envilecida.

La idea dolorosa de las prostituciones del Egipto, de las disoluciones de Babilonia y Alejandría: las guerras homicidas entre la humanidad, siempre ávida de recoger sobera-

nías sobre la sangre de los campos de batalla, efectos eran de aquella conciencia desatendida que aplaudía los crímenes.

La historia de la antigüedad puede personificarse tristemente en cuatro ó cinco lúgubres figuras; un Alejandro que muere de intemperancia, en medio de las delicias que derramó en Babilonia la mano de Semíramis, y algunos emperadores de Roma que devoraban una existencia animal.

Se necesita una conciencia bárbara para aplaudir las extravagancias de un Nabucodonosor, y por lo que respecta al heroísmo, ahí está un pueblo de ciudadanos en Roma, que se postra delante del caballo de un cónsul para tributarle los mismos honores que á su dueño.

Todos los delitos tuvieron sanción: Mesalina y Cleopatra, Priapo y Calígula, Baltasar y Vitelio, todos merecieron un culto como semidioses; y la conciencia pública no se detuvo jamás á considerar la afinidad que había entre ellos y entre un salteador ó una prostituta.

¡Qué afán tan ciego! ¡Qué aspiraciones tan elevadas! Ciro absorbe la Media, la Persia, la Caldea, la Fenicia; Jerjes quiere devorar á la Grecia; Alejandro se pasea por el Universo; Annibal llega hasta Roma; Roma destruye á Cartago: César pasea en triunfo sus águilas por todas partes; en una palabra, los pueblos enteros viviendo de las armas, y adquiriendo derechos de propiedad, sobre los escombros del banditaje y la rapiña. De este círculo de hierro no escapaba nunca el progreso, envilecido por el estrago de la conciencia.

Dos grandes civilizaciones, no obstante, existen en el pasado; la de Grecia que escapa de la barbarie egipcia, y la de Roma que usurpa mas tarde á la Grecia, sus leyes y su independencia. Nótese qué fatalismo predomina en ambas. Licurgo predica la libertad y admite la esclavitud dentro del Estado: el ciudadano es libre porque es hombre, pero puede tener siervos si se llaman ilotas: para honra y gloria de Esparta se pueden cazar ilotas como toros salvajes: se les puede degollar como á animales, y una matanza general, horrible, pública, enaltece á la patria.

¡Espantoso patriotismo, negra figura del delito que se hace aplaudir todavía por la conciencia bárbara!

Pero ved, ved qué pensamiento tan elevado agita la mente del legislador: para él no existe nada fuera de Esparta: civiliza aboliendo el comercio y las artes: engrandece la estadística desmembrando á la familia: una madre por su ley puede asesinar á sus hijos: aísla el Estado, le concreta, le conduce de extravagancia en extravagancia al derrumbamiento, y ahoga en lagos de crímenes á generaciones enteras de bandidos que celebran sus ferocías en la comida pública.

Verdaderamente, la conciencia de aquellos pueblos, sacrificada en aras de principios tan infames, nos revela la idea espantosa de los extremos que han pesado sobre la vida moral de la humanidad; y no sabemos si Dracon estableciendo su ley salvaje sobre patibulos, es mas ó menos cruel que Licurgo, instruyendo á un pueblo feróz, que todo lo lleva á sangre y fuego.

Descendiendo á Roma encontramos la misma antítesis, acaso mas ostensible por el exceso de prostitución de esa reina de las naciones. Tres Horacios que pelean con tres Curiacios en presencia de dos egércitos que se despiden amigos, quedando el derecho restablecido sobre la sangre de cinco combatientes, hé aquí el heroísmo de la civilización de Roma. No importa que uno de ellos atraviese el tierno seno de la hermana que llora al esposo muerto; la patria prohíbe verter lágrimas, y fuera debilidad en el joven héroe no consumir el fratricidio; clava la espada, Roma aplaude,

el feróz guerrero sonríe como un canibal: su conciencia no tiene un remordimiento ante aquella sangre que humea y que pide á la humanidad justicia; pero el crimen es digno del Tártaro.

¿Qué se puede pedir á un pueblo que, corroido por las liviandades, por el lujo del Asia, y por aquella licencia descarada que proclamando las glorias de una saturnal con gritos feroces, sanciona la venta de los hijos en el mercado, patrocinando de esta manera la barbarie de aquella poligamia brutal que arrojaba á las matronas de su tálamo, para ser reemplazadas vilmente por ramera inmundas, asquerosos ídolos que en brazos del amor ilícito conseguían la adoración del momento, para ser derribados y aniquilados por su propia podredumbre?

Semejantes ferocías han sido sancionadas por la conciencia pública, bien que ésta lo ha sancionado todo en el mundo.

¿No han existido tiempos en que el derecho

se ventilaba en un palenque abierto, bautizando el hecho con el nombre de Juicio de Dios, donde el mas fuerte ó el mas afortunado ganaban el pleito? ¿No fue general en Europa el duelo público, para sentenciar la mayor parte de los crímenes de la nobleza?

Y en medio de esas sombras profundas de los tiempos, de esos inmensos crepúsculos que han formado tan horrorosa noche para el hombre ¿no ha existido la inquisición, fulminando atroces condenas, calcinando huesos, abrasando al pensamiento en sus hogueras, y torturando á la razón en sus calabozos?

Cuando la conciencia se ha sometido á la presión de leyes bárbaras, cuando se ha impuesto el crimen como un deber, absolviendo á nombre de instituciones venerandas, no os figureis encontrar pueblos medianamente depravados, sino elevados al rango de una refinación espantosa.

La Francia en el siglo pasado, ¿no fue víctima de una generación de patriotas cuya con-

ciencia fanatizada por no sé qué principios de libertad, consumió impávidamente una horrible década? Y adviértase de qué manera se valían los repúblicos exaltados para manejar las conciencias: cuando hablaba Marat solía pedir: ¡Sangre, sangre de aristócratas, para purgar la patria! Danton añadía: ¡Cabezas nobles para elevar á las plebeyas! Desmoulins se quejaba de lo poco que funcionaba el verdugo en beneficio de la patria: Maillar en la Abadía pedía vino al ayuntamiento, para aquellos valientes camaradas que habían realizado las matanzas de las cárceles para la mayor gloria de la patria.

Es decir, en nombre de la patria se exigía todo; hacia falta que el pueblo consumara hechos cobardes y deshonorosos, para ahogar el grito de su conciencia con los ecos sagrados de ese dulce nombre de patria. De este modo funesto se ha fanatizado la conciencia humana para preparar el triunfo de todos los horrores.

Hoy mismo, hoy que la civilización nos



VISTA DE NAZARETH.

ha rodeado de magníficas instituciones, ¿no se ve con frecuencia algun ejemplo pavoroso de esta perversión que lamentamos?

Buscad en Constantinopla un solo remordimiento de la barbarie turca; allí es un deber afeminarse y degradarse, como es un deber en la Rusia la esclavitud; como es un deber en Inglaterra apoderarse de todas las islas fértiles del mundo; como es un deber en la China rechazar la civilización estrangera; como es un deber en la América libre y culta sostener millones de esclavos, matar aborígenas, y poblar el Occéano de buques negros.

Preguntad á un inglés por qué fusila indios á cañonazos, por qué civiliza á los cafres de la Polinesia, emborrachándolos para que se desafien á la macana, y os contestará que cumple como patrio: y respecto á la conciencia pública de los Estados-Unidos, donde se dice que la humanidad progresa por la democracia, figuraos cómo andará cuando la ley no reconoce crímenes sin petición de la parte, y cuando el Estado ha fijado un tipo para premiar

cabelleras de Aztecas, así como en España se pagaban despues de la guerra civil las cabezas de lobos.

La educación de la conciencia reclama, pues, un tino prodigioso, un esfuerzo supremo, porque ella influye de tal manera en la vida política de los pueblos, que, por decirlo así, es árbitra de su elevación ó su decadencia.

Cuando se encamina bien, produce hasta el heroísmo; cuando se fanatiza, cuando se pervierte, hace de un crimen una virtud; de una virtud un crimen.

La conciencia sin la recta razón es nula: la razón sin la conciencia es falsa: coexisten: son dos hermanas ciegas, como dice muy bien un escritor francés, que se buscan á tientas, que al encontrarse se abrazan, se funden en un sér, como se funde el alma en el cuerpo para formar el hombre.

De la conciencia depende la felicidad individual: tiene goces que pertenecen al cielo, alegrías que rematan en lo divino: tiene tormentos que recuerdan la figura del infierno.

La conciencia pública es el indicador mas eficaz de la prosperidad ó decadencia de un estado: donde se eleva, allí está el bien, y la felicidad por consecuencia; donde se estraga, allí está el crimen, y la miseria por privilegio; donde no se conoce, no existe la humanidad.

LEANDRO ANGEL HERRERO.

JUAN COLIN.

Leyenda tradicional.

(Continuación.)

VII.

Juan Colin penetró en su habitación, abrazándosele la cabeza con la idea de los gritos, que no podía separar ni un instante de su mente. Dos ó tres veces intentó salir para dirigirse á la cámara donde los había oído, y vacilaba en un mar de dudas, hasta que fue de ellas sacado por la presencia de Catalina.

Apenas entró ésta, tomó asiento en un si-

tial, é indicó á Juan Colin que hiciese lo mismo.

Catalina empezó.

—Necesitaba hablarte, y ninguna ocasion mejor que ésta se nos puede presentar.

—Yo tambien lo deseaba ardientemente, porque no es posible continuar por mas tiempo de este modo, le repuso Juan Colin. Esas jóvenes es preciso que vivan y gocen fuera de esta tumba, y para ello cuento contigo.

—Ya sabes que para entrar en este castillo y saber de él lo que sabes, has tenido que valerte de mí pues de otra manera no hubiera podido acontecer.

—Y con todo, Catalina, no sé nada segun parece de estos misterios.

—Todo lo sabes.

—No conozco á ese jorobado, á ese hombre, ni su vida, ni antecedentes.

—Sabes muy bien, porque yo te lo he dicho, que ese hombre habia cometido un crimen, y huyendo de la inquisicion penetró en

las ruinas de un castillo abandonado para ocultarse á sus pesquisas. Que allí, sin embargo, encontró á una muger moribunda, que acababa de dar al mundo esas dos niñas, y que le pidió las amparase y que jamás pudiese nadie averiguar su existencia pues de ello dependia su vida. Y sabes tambien, por último, que yo tuve que ligarme á la existencia de ese hombre, y que al conocer esas dos niñas, formé la idea de protegerlas y ampararlas.

—Pero ignoro completamente quién es ese hombre, le interrumpió el sacristan.

—Igual me sucede á mí, repuso Catalina, pero continúo. Sabes tambien, que apenas entraste por primera vez en este castillo, y cuando te sorprendieron esas jóvenes, te di conocimiento de todas estas cosas, cuando de hacer tal confianza á uno que yo no conocia, pudiera peligrar su vida, y principalmente yo, que faltaba á todo lo contraído con el jorobado: y que este hombre, en fin, para que nunca nos pudiésemos ver en un grave com-

promiso, ignora todo esto, y que tú vienes á este lugar. ¿No es esto cuanto sabes?

—Sí.

—Pues bien; ahora, en cambio, ¿qué es cuanto yo sé de ti? ¿Conozco la verdadera causa del interés que te guia en esa idolatría que tal vez aparentas para esas dos jóvenes?

—Sí.

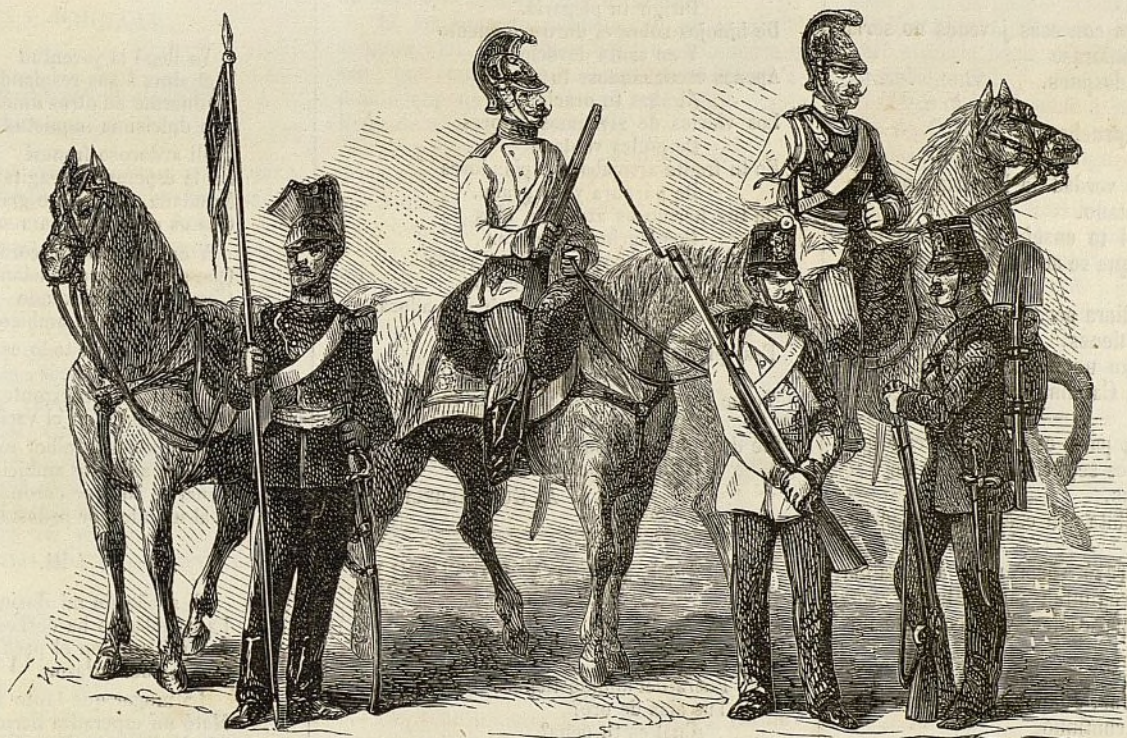
—No. Yo no sé otra cosa sino esa historia que me has contado, y que puede ser falsa.

—¡Ah! no; te juro por mi alma que es completamente verdadera.

—Pues bien, dado caso que así sea, yo necesito hablarte con claridad, puesto que ha llegado el momento de estas esplicaciones. Desde poco tiempo despues que nos hemos conocido, has significado amarme, y á pesar de que yo te haya manifestado corresponder-te, jamás lo he creído.

—Y te amo, Catalina.

—No, Juan, no me amas. Ese amor ó ese



TIPOS DEL EJÉRCITO AUSTRIACO.

Uhlano.—Dragon.—Infanteria.—Coracero.—Soldado de ingenieros.

interés, solo tiene por objeto esas jóvenes, y mientras á mí no me conste de una manera positiva la verdad de todo esto, jamás podré ayudarte en tus deseos.

—¿Y qué quieres para eso?

—Saber completamente su historia y la razon por qué su madre al morir hizo la preven- cion de que nadie las descubriese.

—¿Y entonces creerías en mí? ¿Me ayuda- rías en todo, hasta la muerte?

—Sí.

—Júralo por la salvacion de tu alma.

—¿Es necesario eso?

—De otra manera no te creeria.

—¿Y me amas?

—Te amo.

Catalina se sonrió amargamente, y le re- puso.

—Pues bien, lo juro.

—Oye.

—Habla.

—Yo vivia en Martos, en casa de mi señor D. Sancho y de mi señorita su hija Doña Isa- bel, á quienes adoraba con inmenso delirio.

Un dia los moros sorprendieron la villa, to- mándola por asalto, y en la presa que hicieron se llevaron á mi señorita, despues de la muer- te de mi señor, con destino al rey Ismael de Granada. No sé por qué, ni cómo pude esca- par de la muerte, cuando yo no quise ni por un momento separarme de la casa de mis señores. Preso me llevaron los moros á Gra- nada, y si así no hubiese sido, yo hubiera ido siempre en busca de mi señorita Isabel, para ampararla y defenderla en todo cuanto me hu- biera sido posible, hasta derramar mi última gota de sangre. Yo no me separaba ni un instante de la Alhambra, y ganaba mi sustento cantando con mi guitarra, única y exclusiva- mente con la idea de saber algo de mi seño- rita. Pasaban dias y dias, y yo languidecia y suspiraba sin poder sacar algo en limpio ni su paradero ni su existencia, hasta que por fin un dia supe que habia venido á la Alham- bra destinada para el rey, pero que el infante Abou l'Hasan habia aprovechado la vez y la habia violentado; lo que conocido por la sul- tana favorita de Ismael, la habia hecho des-

aparecer de la Alhambra y de Granada, en- cargándosela á un asesino. Desde aquel dia deliré y no tuve mas pensamiento ni monoma- nía que buscarla eternamente.

—Y estando muerta.... le interrumpió Ca- talina.

—Yo deliraba, continuó Juan Colin, y mi delirio era la locura de buscar un imposible; oye: principié á recorrer todos los pueblos de Andalucía, cantando con mi guitarra y pre- guntando siempre. Un dia topéme con un viejo, y como de costumbre, dije que si co- nocia á Doña Isabel de Solis, y el viejo sor- prendido me contestó que sí la conocia. En aquel momento creí morirme de júbilo y pocos instantes despues de desesperacion. El viejo me dijo que pasando cerca del castillo de Moestum un dia que hacia fuerte viento, vino á cruzar volando por cerca de su rostro un papelillo que él recogió ansioso. Y el papel decia lo siguiente: «Virjero, apiádate de una infeliz que muere sacrificada bajo la presion de un tirano.—Isabel de Solis.» El viejo tornó á su casa y despues marchó al castillo con al-

gunos hombres para salvar á aquella infeliz. Todas las pesquisas que hicieron fueron en balde, pues nadie moraba en aquel castillo: el papel debiera estar escrito mucho tiempo antes. Desde aquel día pensé no salir de la villa. Hé aquí, pues, la historia de esas jóvenes.

—Continúa, Juan, repuso Catalina, y dime la causa de qué esas jóvenes puedan temer asechanzas.

—Hijas, pues, como son esas jóvenes, del rey actual de Granada, tienen por enemigos los hijos de la sultana favorita; y habiendo tratado de asesinar á su madre, á ellas les puede caber igual suerte.

Juan Colin descansó por unos instantes, y despues dijo:

—Ya sabes, pues, la historia de esas jóvenes; ¿estás decidida á seguirme?

—Desconfío aun.

—¿Ni te basta el amor que te profeso?

—Podieras engañarme.

—Y el interés al menos de esas jóvenes que protejo, ¿no te dice que tengo absoluta necesidad de ti?

—Esa es precisamente la razon de que me puedas engañar.

—Es que mi fuga con esas jóvenes no sería posible si tú no vinieras.

—Me venderías despues.

—Jamás.

—Dame algunas pruebas.

—¿Cuáles?

—Que sea una verdad la historia que de esas niñas has contado.

—¿Te bastará si te enseño algunos documentos, por los que se acredita su ascendencia?

—Entonces, pudiera ser.

—Pues aquí los tienes.

Juan Colin hizo un movimiento, llevando su mano al pecho; Catalina repuso en seguida:

—Dámelos.

—No, Catalina; para eso sería preciso que tú me dieras iguales seguridades de tu fe.

—Las que quieras.

—Dime quién habita con ese jorobado en las torres del castillo.

Juan Colin creyó sorprender á Catalina con esta rápida pregunta; sin embargo, era demasiado astuta para ello, y le contestó imposible:

—El solo.

A estas palabras, Juan Colin pareció anonadado. Catalina continuó.

—Si me entregas esos papeles, te auxilio en todo hasta la muerte.

—¿De qué modo?

—Ayudándote á asesinar á Amrru Kanh Achah.

Juan Colin se estremeció, y murmuró en voz baja:

—Es nombre árabe; ¿si será el asesino con quien sacaron de Granada á Doña Isabel?

Unos momentos estuvo el sacristan sumergido en encontradas reflexiones y visiblemente sufriendo, hasta que Catalina lo sacó de ellas diciendo.

—¿Y qué, admites?

El sacristan contestó maquinalmente:

—¡Sangre, jamás!

—Entonces no es posible.

—Es que de otra manera no podríamos vernos libres nunca de esa fiera, ni tú, ni yo, ni las niñas.

—En Granada, pues, y con la posicion que adquiramos, seremos invencibles.

—Sin la muerte de Amrru, nunca.

—Eso es espantoso.

—Mas espantoso aun es lo que él hace.

—Habla, repuso Juan Colin alterándose otra vez inmensamente y temblando, habla.

—Ese es mi secreto.

—Habla, dilo.

—Ese es mi secreto; la felicidad de esas jóvenes, la ventura de otros y la sola idea de tus ambiciones.

—Habla, dilo, Catalina, añadió por tercera vez Juan Colin, casi delirante, volviendo á aparecer en su mente los gemidos, la luz y la sombra que interceptara el agujero.

—Jamás, mientras no cerremos nuestro pacto de sangre.

—Juro el matarlo.

—Matando á Amrru, puedes salvar una víctima.

—¡Doña Isabel! gritó Juan Colin fuera de sí.

Un agudo pero cortado silbido se escuchó entonces, y casi al mismo tiempo siguió un sepulcral silencio.

Catalina habia desaparecido.

(Se continuará.)

DÁMASO DELGADO LOPEZ.

Á LA SEÑORITA DOÑA C. S. É I.

Dos lágrimas.

Yo te ví entre las sombras de una oscura
Capilla solitaria
A la Madre de Dios, ferviente y pura
Dirigir tu plegaria.
De hinojos sobre el duro pavimento
Y en santa devocion
Apenas escuchándose tu aliento
Alzabas tu oracion.
Los vidrios de vivísimos colores
De gótica ventana
En tu frente arrojaban resplandores
De púrpura y de grana.
De tus hermosos azulados ojos
Dos lágrimas brotaron
Y con trémula voz tus lábios rojos
Un nombre murmuraron.
¿Será el nombre tal vez del sér que adoras
El que te hace verter
Esas preciosas lágrimas que lloras?
No lo quiero saber.
Yo he vuelto con frecuencia á la capilla
Mas ya nunca te ví,
He doblado en el suelo la rodilla
Y he llorado por tí.

A. GUIX ALBELDA.

ENTRE EL CIELO Y LA TIERRA.

—¿Quién eres, ángel bello,
Que pesaroso
Fuera del mundo tiendes
Tus alas de oro?
¿Cuál es tu pena?
¿De quién huyes?...—Del hombre;
Soy *La Inocencia*.

—¿Y tú, quién eres, ángel
Que de los cielos
Con inmortal sonrisa
Bajas sereno?
¿Cuál es tu patria?
¿A quién buscas?...—Al hombre;
Soy *La Esperanza*.

S. LOPEZ GUIJARRO.

Á CALDERON.

Soneto.

Niño era yo, y apenas entendia,
Los signos que dán cuerpo al pensamiento,
Cuando tu extraño y varonil acento
Con balbuciente labio repetía.

Aun no toda su fuerza comprendia,
Ni alcanzaba á medir su atrevimiento;
Mas en él, por oculto sentimiento,
Raudal feliz de inspiracion bebia.

Despues mi canto férvido y sonoro
Vibró ensalzando la virtud, la gloria,
Únicos astros cuya lumbre adoro.

Y hoy, que te admiro en la española historia,
Que estudio de tus obras el tesoro,
¿Me faltará un recuerdo á tu memoria?

N. CAMPILLO.

EL POEMA DE LA VIDA.

Dolora.

I.

En brazos de la inocencia
Cruzando voy candoroso,
Ese crepúsculo hermoso
Preludio de la existencia;
Del valle la flor galana
Me dá sus limpios colores;
El prado sus ruiseñores
Y sus tintas la mañana.
Y el astro consolador
Que al mundo su luz envia,
Me manda al nacer el día,
La sonrisa del Señor.

Mi madre en dulce ansiedad,
Sencilla, pura y amante,
Tras la bóveda gigante
Me muestra la eternidad;
Y ante tan santa leccion
Lleno de dulce embeleso
Entre el murmullo de un beso,
Recibo su religion.

II.

Ya llegó la juventud
Y el alma á sus resplandores,
Se duerme en otros amores
Con dulcísima inquietud.

Mi ardoroso frenesí
En la esperanza se agita;
Mundana gloria, me grita
Que es el mundo para mí.

Y en mi ardiente corazon
Que se consume anhelando,
Gigante se va elevando
La hoguera de la ambicion.

Cuanto miro, todo es mio;
La mar, la arboleda, el monte,
La nube, y el horizonte
Que se pierde en el vacío;

Porque en su albor matinal,
El alma ardiente ambiciona,
Tener el sol por corona,
Y al mundo por pedestal.

III.

El sueño de mi ilusion
La realidad lo ha deshecho;
Apenas hallo en el pecho
Cenizas del corazon.

La muger que tanto amé
Mató mi esperanza hermosa;
Al pié de una misma losa
Están mi madre, y mi fe....!

Tuve un hijo.... y me olvidó;
La gloria mató mi encanto;
Me arrojé en brazos del llanto
Y hasta el llanto me dejó.

Y corro sin ver jamás
El consuelo en lontananza;
Porque sé que la esperanza
¡Es una mentira mas!....

Toda ventura se aleja
Por el árido desierto;
La humanidad es un muerto
Que en su sepulcro se queja.

IV.

En la triste senectud
Penetro con faro fijo,
En la mano el Crucifijo,
Y á los piés el ataúd.

La fe me vuelve á alumbrar
En mi lóbrega carrera;
¡Dios....! murmura la pradera.
¡Dios....! ¡el cielo! ¡Dios....! el mar;

Y de la esperanza en pos,
Corro al sepulcro volando,
Porque en él me está esperando,
La sombra santa de Dios.

Del ánima dolorida
Ya se acabó el desconsuelo;
Sobre la tumba, está el cielo
Que es mas grande que la vida....!

BERNARDO LOPEZ GARCIA.

A UN POETA.

Soneto.

¿Por qué ante un rey te miro prosternado,
Envileciendo el canto peregrino?
Inflexible la mano del destino
Con el polvo los cetros ha formado.

Polvo son: el acento arrebatado
Ensalse el fuego de virtud divino;
Mas nunca el oro y el poder mezquino.
Desnudo de valor, de astucia armado.

Mueven tus himnos, infeliz poeta,
A vergonzosa compasión ó ira
Al que el honor y la verdad respeta.

Digno es tan solo de pulsar la lira
El hombre libre cuyo pecho fuerte
Huye la humillación y no la muerte.

N. CAMPILLO.

EL CIEGO DE LOS VALLES.

NOVELA ORIGINAL

POR

D. MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

(Continuación.)

Cuando Roman encendió luz y pudo verse el interior de la cabaña, cualquier observador que hubiese estado antes en ella, hubiera notado una transformación todavía más completa que la que se advertía en el exterior. Las paredes estaban enlucidas, el miserable fogón se había convertido en un hogar cómodo y espacioso, y la cueva que estaba al mismo nivel del suelo, era ya una bonita alcoba cuyo ingreso lo cubría una cortina de percal blanco. Una segunda alcoba, construida recientemente y en la cual se veía un lecho bastante cómodo y aseado, constituía otro nuevo departamento. Junto al hogar había un escaño con mesa levadiza, y el resto del mueblaje se componía de unas cuantas sillas y algunos utensilios de cocina.

—Vamos, muchacho, dijo el tío Geromo encarándose con Roman; enciende una buena fogata para que este caballero pueda secarse y nosotros también; que harto lo necesitamos. En el interín yo sacaré de las alforjas la provision que hicimos en el último pueblo, y cenaremos en amor y compañía, si este señor no se opone.

—Por mi parte, repuso el viajero, no tengo gana: podeis cenar cuándo y cómo gustéis.

—Al menos, insistió el licenciado, no dejaré V. de echar un trago para confortarse. Yo tengo en mi alacena un par de botellas de vino rancio que está diciendo beberme.

—Gracias, volvió á decir el desconocido; me contentaré con darme un buen calentón porque no acostumbro á beber.

—Como V. guste, contestó el tío Geromo encogiéndose de hombros.

En aquel momento, este hombre avezado á los crímenes, educado en la horrible escuela del presidio, hubiera querido de buena gana estrangular al hijo de Marta por el obstinado silencio que continuaba guardando, y que tal vez hacia renovar incesantemente las impresiones de duda y de terror que asaltaban al viajero.

—Vamos, hijo, exclamó sin poder contenerse; ya que seas mudo, al menos que no seas manco como yo.

—Dice V. bien, contestó Roman hablando por la vez primera, y apresurándose á encender un buen fuego; estaba pensando, añadió, en el regalo que mañana hemos de comprar.

—¿Cómo se llama tu novia? preguntó el que, según el tío Geromo, debía ser un marqués.

Roman vaciló un momento y contestó:

—Celsa.

—Bonito nombre, observó el viajero.

La conversacion giró mas de una hora sobre una porcion de cosas indiferentes.

El desconocido no daba muestras de querer acostarse. El tío Geromo debía sentirse consumido por la impaciencia.

—Tenemos una cama limpia y aseada, decia.

Mas como viese que aquel hombre no desechaba sus recelos, y que por la abertura de uno de sus bolsillos asomaba la culata de una pistola, trató de apelar á su astucia; y exclamó con cierto aire de dignidad:

—Si no hiciera una noche tan infernal pondría una cosa.

—¿Cuál? preguntó el viajero.

—Que dejáramos nuestra pobre casa y nos fuéramos al pueblo que está mas cercano. Tres leguas con un caballo como el que V. tiene y con las buenas piernas que nosotros tenemos, se andan en muy poco tiempo.

—¿Y por qué habíamos de hacer lo que V. propone?

—Porque..... porque..... la verdad, señor, nosotros somos unos pobres diablos, y á pesar de esto tenemos un poco de orgullo.

El tío Geromo hablaba con un tono tan compungido, tan sencillo y tan humilde á la vez, que cualquiera hubiera dicho efectivamente que no era mas que un pobre diablo lleno de años y de honradéz.

—¿Y á dónde vamos á parar con todo eso? preguntó otra vez el viajero.

—A que..... ¿por qué no decirlo? á que me parece que tiene V. desconfianza de nosotros.

El golpe había ido certero y el desconocido se puso de pié.

—Voy á recostarme, dijo; voy á echarme vestido, y mañana, cuando se haga de día, seguiremos nuestro viaje á Pamplona.

El tío Geromo dirigió entonces una mirada infernal al hijo de Marta.

—Sí, sí, dijo éste levantándose y descolgando una luz; duerma V. bien, y hasta mañana.

—Hasta mañana, respondió el viajero, colocando sus pistolas bajo la almohada, y acostándose vestido según lo había indicado.

El tío Geromo levantó un poco la cortina que cubría el ingreso de aquella alcoba.

—Y ahora, dijo á Roman en voz alta, vamos á ver si damos una cabezada, que á mis años se necesita un poco de reposo.

—Tan pronto como uno y otro se introdujeron en la segunda alcoba, construida donde estaba la cueva, el viajero saltó de su cama con la rapidéz del rayo, y abriendo con cuidado una ventana, midió la distancia que le separaba del suelo y pareció quedar un poco más satisfecho. La noche seguía siendo borrasca; pero á pesar de esto, en un trance apurado no le era imposible escapar.

Después de hacer aquellas indagaciones, volvió á acostarse con el propósito sin duda de no quedarse dormido.

El tío Geromo había estado observando todo lo que el desconocido acababa de hacer.

Cuando le vió nuevamente en el lecho, volvióse hácia donde estaba Roman, que parecía la estatua del silencio y de la meditacion sombría, y le dijo rechinando los dientes.

—Eres un bruto, ¿entiendes? Ese hombre no las tiene todas consigo, y nos matará si nos acercamos á él.

—Tanto mejor, repuso Roman con la mayor imperturbabilidad.

—Pues que te mate á ti, ¿lo oyes? á ti cuya vida no me importa un comino; que por lo demás, me basto yo solo para deshacerme de él al romper el día, si no aquí, en el primer despeñadero que encontremos al paso. ¿Qué diablos! si tú no quieres que Celsa sea tuya y que partamos los cinco millones de ese hombre, anda y que el infierno te trague. Pero se trata de cinco millones, ¿lo has oído? ¡cinco millones!

Roman volvió á guardar silencio; el tío Geromo continuó:

—Seria un negocio bonito; no hay testigos, nadie mas que nosotros podría saberlo, y tu rival no se reiría de ti, porque serias un hombre opulento, serias.... mas ¿á qué me canso, si eres un cobarde?

—¡Mentira, mentira! dijo Roman con voz ahogada y echando mano á un puñal que llevaba guardado; si no fueras un miserable viejo, ya hubiera hundido este acero en tu ruin corazón.

—Allí hay uno que tiene cinco millones, respondió el viejo sonriendo y señalando á la alcoba del desconocido. Sangre por sangre, ¿por qué no viertes aquella? ¿es porque tienes miedo? responde.

—¡Nunca, nunca! barbotó el hijo de Marta fuera de sí.

El viejo, sin hacer caso, salió de puntillas y se dirigió hácia el sitio en donde el viajero descansaba. Luego volvió de la misma manera, y poniendo un dedo sobre sus labios, murmuró con voz casi imperceptible:

—Se halla dormido; sin duda está muy cansado y no ha podido resistir el sueño.

Y cogiendo á Roman por un brazo, procuró atraerle hácia sí. El desventurado joven vacilaba todavía.

Pero el viejo volvió á pronunciar el nombre de Celsa y siguió arrastrándole sin que apenas encontrara ya alguna resistencia.

El demonio de la codicia los empujaba; Roman sintió un horrible vértigo, creyó que le impelia una fuerza sobrenatural y que la voz del viejo pronunciando á cada instante aquella cantidad que le parecía fabulosa, resonaba en su oído aumentando su fiebre, haciendo acudir á sus ojos un torrente de sangre y enloqueciendo su cerebro.

Se hallaban cerca de la alcoba, y Roman se detuvo á pesar de todo, como si su conciencia espantada le presentase ante su vista un fantasma lúgubre y aterrador.

—¡Anda, cobarde! dijo el licenciado por última vez y casi en voz alta.

Entonces, Roman, ciego y desatentado, se precipitó sobre el lecho con el acero desnudo. La luz se apagó y sobrevino un momento de confusion espantosa. El viajero lanzó un grito de agonía, resonó en los ámbitos de la cabaña la detonacion de un arma de fuego, y á este ruido sucedió un segundo grito que iba envuelto en una horrible maldición.

Al otro día, cuando el alba comenzaba á esclarecer los campos que seguían cubiertos de nieve, Roman levantaba la losa que cubría la entrada del subterráneo de que ya os hablé antes, y arrojaba por ella dos cuerpos inertes y ensangrentados. Hecho esto, y colocando de nuevo la losa en su sitio, cogió con feróz alegría una cartera que guardó lleno de avidez, mirando á todas partes como si temiese que alguno le estuviera espionando. Luego sacó de un corralillo que había á las espaldas de la casa un hermoso caballo que enjaezó, cuidando de colocar en él la maleta del viajero. Cerró la puerta de aquella casa, y montando con prontitud, lanzóse á la carrera con toda la velocidad que permitía lo resbaladizo del terreno, exclamando casi fuera de sí:

—¡Celsa, Celsa! ¡ya tengo cinco millones!

(Se continuará.)

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.

VIAJE POR EL PAIS DEL AMOR. (CONTINUACION.)



Apenas se levanta de la cama
Se acicala en obsequio de su dama.



—No se puede pasar.—¡Portera indina!
Tome V. cuatro cuartos de propina.



Ciego de amor, tropieza
Y diez bultos adornan su cabeza.



El hombre abandonado á las pasiones
Se queda sin levita y sin calzones.

LIT. V. ALEGRE